

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 33



LEYENDAS Y TRADICIONES

POBLET (TARRAGONA).

A mediados del siglo XII, pertenecía el terreno donde se elevó luego esa joya del arte, llamada el monasterio de Poblet, al reyezuelo moro de Ciurana, Almira Aluminiz, que entre sus varias odaliscas había elegido por favorita á la bella Anhuba. Esta condición, relativamente elevada, proporcionaba á la joven cierta libertad, merced á la cual, conoció al valeroso Rodrigo, caudillo cristiano á quien había hecho prisionero Almira en circunstancias que nos falta espacio para referir. Ello fué, que Anhuba y Rodrigo se vieron y se amaron; que la primera aprovechando la obscuridad de la noche, visitó repetidas veces al segundo, en el pabellón situado á un extremo del jardín del castillo de Ciurana, donde le tenía recluido el rey moro; que, en prolongadas conversaciones y entre ternezas y raptos de pasión, Rodrigo enseñó su idioma y los principios de su religión, á la favorita; y que, en fin, ambos decidieron fugarse, á pesar de los riesgos á que se exponían, y para atenuar los cuales, contaba el joven con el auxilio de un cazador nombrado Poblet, que residía por las inmediaciones de la fortaleza. Poblet, agradecido á determinado servicio prestado por Rodrigo, háblale



SACRISTÍA, ABSIDE Y CIMBORIO DE LA IGLESIA.

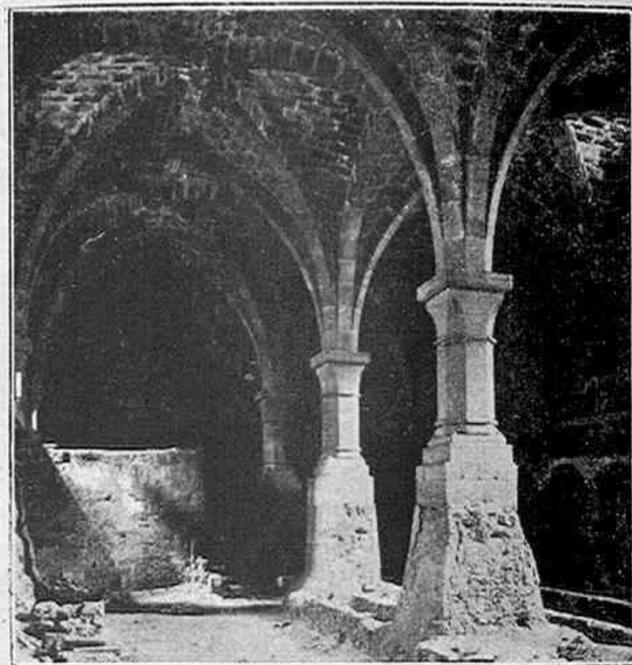
entregado un silbato, ofreciéndole ponerse á sus órdenes apenas oyera el sonido de éste. El caudillo español, con la constancia y la energía propia de los prisioneros, había logrado practicar una brecha en el muro del jardín, y su plan consistía en aprovecharla para salir al exterior con su amada, tocar el mágico silbato y aprovechar el conocimiento del terreno que tenía el cazador, para alejarse rápidamente, burlando toda pesquisa, ó para encontrar seguro refugio hasta que hubiese cesado la persecución.

En una última entrevista y terminados los necesarios preparativos, acordaron ambos amantes que á la siguiente noche pondrían en planta su proyecto; más, por desgracia, las repetidas escapatorias de Anhuba habían sido notadas; uno de los fieles servidores de Almira, el negro Hadkahadji reveló á su señor algo de lo que pasaba, y cuando, llegado el momento de la fuga, la favorita penetró en el pabellón, hallóse con un horrible espectáculo: ¡Rodrigo yacía cadáver en el lecho, con el corazón atravesado por un puñal!

Dominando su dolor, irguióse la mora; se apoderó del silbato y del puñal, tinto en la sangre del infeliz mancebo, en cuya helada frente posó por vez postrera sus labios, y luego, volviendo la vista hacia la sombría fortaleza, exclamó con voz ronca:



EL LOCUTORIO.



LA BODEGA.

—¡Ay de tí, rey de Ciurana! ¡Día llegará en que tu antigua favorita, al frente de una hueste de cristianos, venga á pedirte cuenta de este crimen!

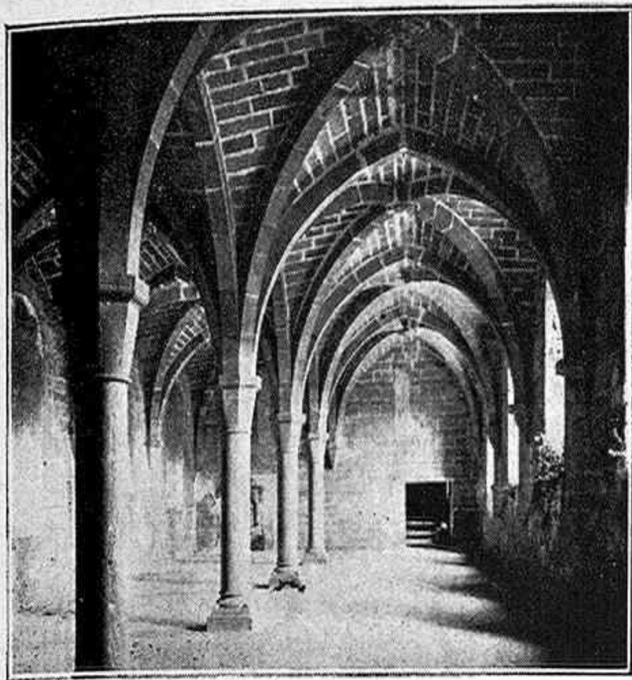
Dichas estas palabras, salvó la brecha, lanzóse á la espesura del bosque y corrió desalentada hasta que, juzgando haber llegado á paraje á propósito, hizo sonar el silbato. Oyóse rumor de lentos pasos y poco después presentábase ante Anhuba un ermitaño: era Poblet, que había abandonado su existencia de cazador, merced á celestial aviso en que se le manifestaba que en la cueva de Lardeta hacía falta un solitario; que llegaría ocasión en que aquella cueva se convirtiese en una de las casas de Dios más famosas del Universo; y que tal casa había sido elegida por el Señor, para llevar el nombre de aquél.

Cuando Poblet hubo referido esto á Anhuba, manifestóle la fugitiva quien era y la situación en que se encontraba. El ermitaño la condujo á su cueva y disponíase á bautizarla cuando á los oídos de ambos llegaron los furiosos ladridos de una jauría.

—¡Dios mío!—exclamó Anhuba.—¡Son los perros de Almira que están adiestrados en la caza de cristianos!

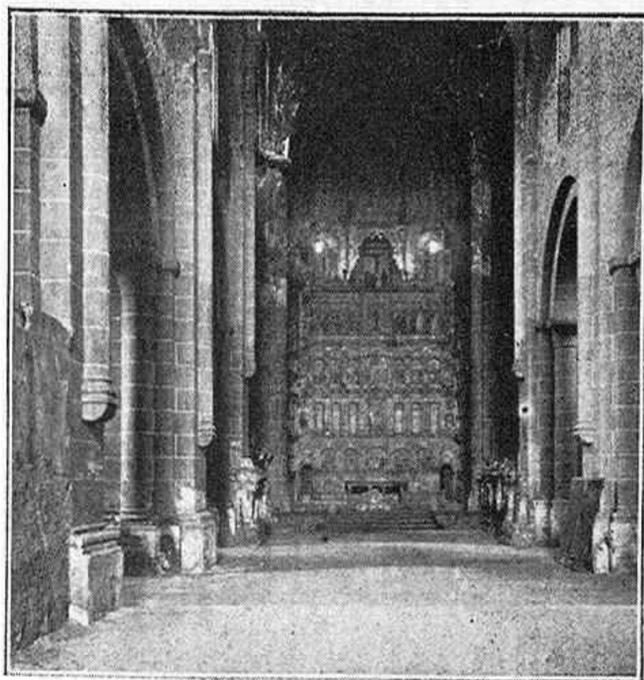
—¡No tiembles! ¡El Señor está con nosotros!—repuso Poblet, sonriendo apaciblemente.

Y luego de verificar la ceremonia del bautismo, en el que Anhuba cambió este nombre por el de Eulalia, cogió dos ramas, formó con ellas una cruz, clavóla en tierra ante la cueva y aguardó impávido la llegada de los perseguidores de la joven.



LA BIBLIOTECA.

No tardaron éstos en aparecer, llevando á su frente al propio Almira; pero todos, hombres, perros y caballos, quedaron como petrificados ante la cruz, sin que les fuera posible dar un paso adelante. El reyezuelo moro, después de haber agotado en vano exhortaciones, ruegos y amenazas para hacer avanzar á sus gentes, quiso



ALTAR MAYOR.

dar el ejemplo hostigando bárbaramente á su corcel, que acabó por derribarle al suelo... Entonces exclamó furioso, mostrando el puño al ermitaño que presenciaba impasible la escena:

—¡Perro infiel! ¡Toda esta vega diera por tenerte una hora en mi poder!

—Y yo, con esa condición y la de que esta mujer quede en libertad de marchar adonde lo crea conveniente, estoy pronto á darte gusto.

Aceptó el trato el Rey moro y lo aseguró con juramento. Poblet, después de encargar á Eulalia que partiese sin temor y que fuera en busca del conde de Barcelona y le excitara á venir contra Ciurana, dióle la cruz clavada en tierra; la joven, con el signo de la Redención en la mano, atravesó serena por enmedio de sus enemigos y cuando se hubo alejado, el ermitaño, abandonando la cueva, entregóse al reyezuelo moro que lo llevó en triunfo á su castillo, donde, faltando á su palabra, encerróle en lóbrega mazmorra. Al día siguiente, el prisionero había desaparecido sin dejar huellas de su paso.

Furioso Aluminiz, partió de nuevo en su busca y nuevamente se reprodujeron el prodigio y los ofrecimientos del día anterior. Poblet, volvió á ponerse en manos de Almira y éste cometió un perjurio más, metiendo al ermitaño en calabozo que juzgó de mayor seguridad y mandando que le sujetaran en él, por el cuello, con fuerte argolla de hierro y que le pusieran centinelas de vista... Cuando amaneció, pese á tantas precauciones, la puerta del calabozo estaba abierta, rota la argolla, dormidos los centinelas y el ermitaño rezando tranquilamente en su cueva.

Y tercera vez se reprodujeron las peripecias que acabamos de narrar, sin más variante que la de quedarse el mismo Rey á vigilar á su prisionero, lo cual tampoco fué obstáculo para que éste se evadiera tan milagrosamente como las veces anteriores. Convencido entonces Almira de que algún poder sobrenatural protegía al ermitaño, trazó apresuradamente algunas líneas en un pergamino, montó á caballo, y partió solo en busca de aquél á quien dijo:

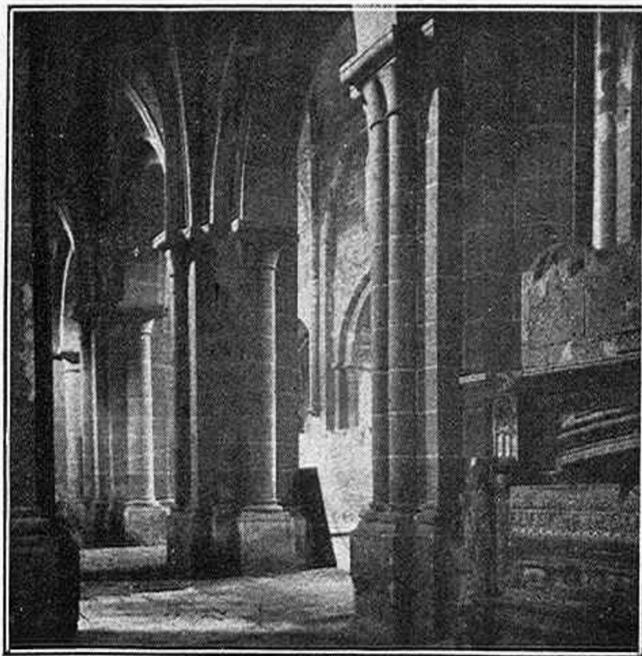
—Me venciste, Poblet. De hoy más serás sagrado para mí. Yo protegeré tu persona, así como el territorio cuya donación consta en este pergamino.

La donación, que comprendía el valle de Lardeta, con sus montañas y tierras vecinas, fué el primer paso

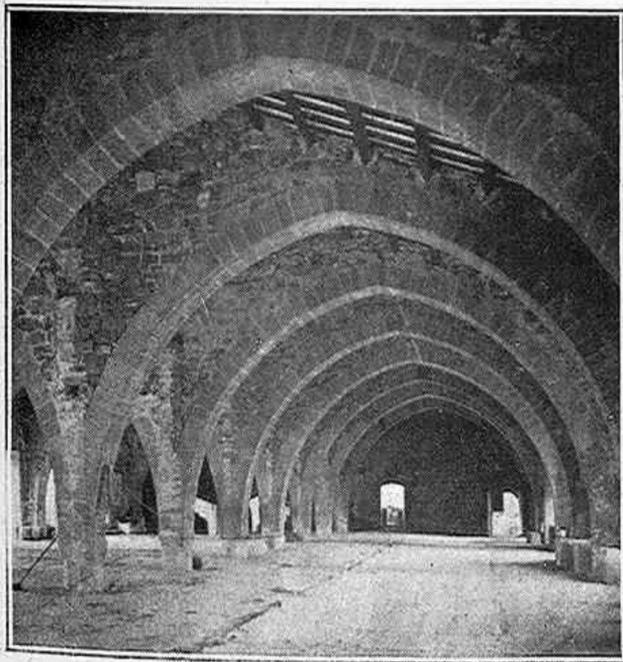
dado para la erección del famoso monasterio. En un próximo artículo referiremos cómo se llegó á realizar por completo la predicción que, según dijimos había hecho una voz misteriosa, en medio de su profundo sueño, al cazador Poblet.

EDUARDO

BLASCO



NAVE LATERAL Y SEPULCRO REAL.



DORMITORIO DE LOS PADRES.

Fotografías de José Serra.

LA SOR

Al salir de la iglesia, antes de regresar á casa, almorzar y cambiarse de traje para emprender el camino de Lisboa, donde pasarían la primer quincena de luna de miel, los novios se dirigieron, en coche, al Asilo-Escuela de párvulos. Querían despedirse de Sor Marcela, hermana de la novia... y de la Caridad.

Cuando Sor Marcela entró en el locutorio, y se abrazó á su hermana, el contraste fué vivo y curioso. Contra el burel y el algodón de ropaje y delantal, el raso blanco de la nupcial *toilette*, contra la toca almidonada y tiesa, el delicado tul del velo y los nítidos azahares de la corona. Las figuras contrastaban no menos que los trajes. Clara, la novia, una mujerona basta, ya algo ajamonada á los veintiséis, de protuberantes curvas y cutis encendido; Marcela, la Sor, una criaturita delgada y menuda, un delicioso semblante infantil, que alumbraban ojos negros de ricas pestañas y dientes cristalinos en una boca inocente y fresca, como vaso lleno de agua pura. Exclamaciones de asombro y alegría salían de los labios de Sor Marcela, que alababa y admiraba todo: el vestido de boda, las joyas, la corona de azahar, el devocionario de marfil, los zapatos de seda...

—¡Jesús mío, Dios! ¡Si pareces una imagen! ¡Ay, qué cosas tan hermosas traes encima! ¡Y tu esposo... qué guapo está! ¡La Virgen vaya con vosotros!

Trataba el novio de sonreír, de chancarse con la monjita, pero una emoción profunda y mal disimulada le quitaba el aplomo: sufría cruelmente. Enamorado de Marcela desde que la conoció, desde que puso

los pies en casa de los señores de Ramos, creíase curado de la pasión. Habían corrido tres años ó más, desde entonces; el ingreso de Marcela en el Noviciado de las Hermanas, equivalía á la muerte; Clara se presentaba insinuante, coqueta, «buen partido», y Antonio se dejaba arrastrar á cortejarla, á pedirla, á casarse. Y ahora, volviendo á ver á Marcela, encontrándola tan niña, tan cándida, tan ideal, el corazón le advertía: «no la has olvidado, la quieres. Mentiste al tomar otra esposa. Esta era la destinada para ti.»

Mientras las dos hermanas charlaban, sentadas en el duro sofá del locutorio, el recién casado evocaba recuerdos. El nunca le había dicho claro á Marcela, allá en el siglo, que se moría por ella, que la adoraba. Un respeto, un encogimiento extraño, la veneración que infunde la inocencia, le contenían. Soñaba mucho, la traía flores, la embromaba dulcemente... y esperaba la ocasión, la hora, el entreabrirse del capullo... Más vigilante y resuelto que él, Cristo se había adelantado. ¡La niña era monja...!

No se podía escalar el Noviciado, ni romper rejas, ni saltar tapias. La prosa de la vida, dominante hasta entre la poesía del misticismo y del amor, se interponía: Antonio se resignaba, ó creía resignarse; si se tratase de un cariño humano, de una boda para Mar-



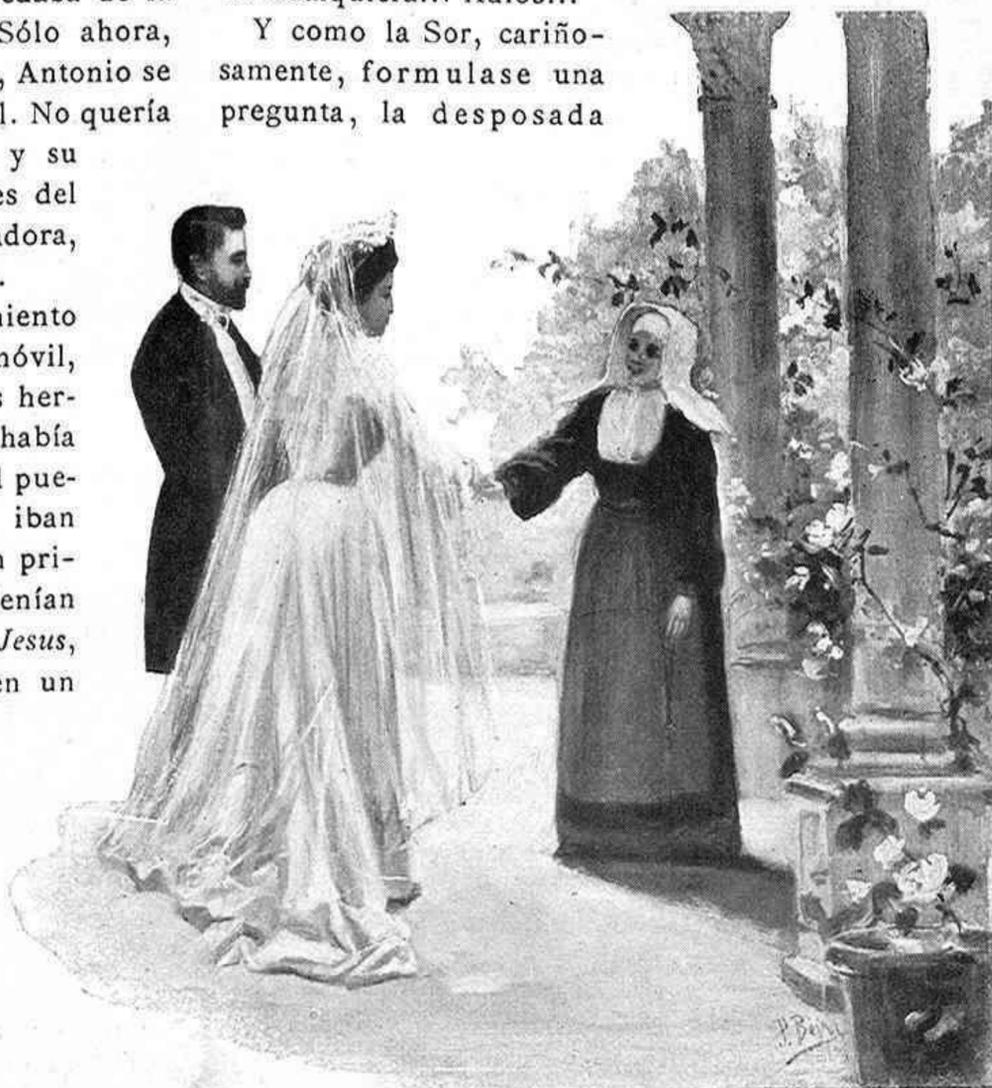
cela, se hubiese sublevado, furioso; pero ¡monja! Ante eso, ¿qué hacer? Con secreta satisfacción, pensaba: «Ya no se casará.» Y, estúpidamente, por rutina, se había casado él, sujeto quizás á la casa de los señores de Ramos, por lo que en ella quedaba de la atmósfera y del perfume de Marcela... Sólo ahora, llegado el momento, cumplida la suerte, Antonio se daba cuenta de su verdadero estado moral. No quería á su mujer, ni podría quererla nunca, y su corazón se quedaba allí, entre las paredes del locutorio, al lado de la monjita encantadora, su único, su verdadero anhelo en la tierra.

Cabizbajo, lleno de tristeza y de abatimiento invencible, el novio permanecía allí, inmóvil, sin tomar parte en la plática de las dos hermanas. Marcela, que en la vida monástica había adquirido ya la costumbre de la curiosidad pueril, se deshacía en preguntas: ¿á dónde iban los recién casados? ¿Dónde se detendrían primero? ¿Llevaban mucho equipaje? ¿Tenían propósito de visitar el santuario del *Bom Jesus*, una cosa tan bonita? — Por fin, Clara, en un girar de pupilas, observó la actitud de su esposo. Era inequívoca. Aquellos ojos ardientemente clavados en Marcela, aquella fisonomía entristecida y ansiosa, aquella palidez — no engañaban. Clara, asociando ideas, con su suspicacia de mujer, de celosa instintiva, recordó... Hay detalles que, insignificantes en apariencia, de repente, por su enlace con otras circunstancias mínimas, adquieren terrible realce... Este trabajo mental, de concordancia y conexión, se verificaba en el cerebro de la novia, que veía lúcidamente lo pasado y lo actual. Y mientras en su alma se producía el desgarramiento de la

ilusión, sus labios profirieron, atropelladamente sarcásticamente, estas palabras:

—Adiós, Marcela .. Tenemos prisa, ¿verdad, Antonio? Hoy nos hace mal tercio cualquiera... Adiós...

Y como la Sor, cariñosamente, formulase una pregunta, la desposada



respondió, con risa amarga y dura:—¿Volver por aquí? ¡Hija, muy tarde!... Nosotros somos del mundo y tú eres de Dios...

EMILIA PARDO BAZAN

Ilustraciones de P. BÉJAR.

GERMINACIÓN

Siento latir la dulce primavera
á través de las últimas heladas,
todo en la tierra su regreso espera
para esas gestaciones renovadas.

Bajo el rayo del sol la yerba crece,
donde se yergue un árbol surgen nidos,
el campo que retoña, se estremece
con la núbil pasión de los sentidos.

Una impresión de pubertad abierta
por la naturaleza se derrama...
Algo en el aire de sensual despierta...
¡Es un aliento de mujer que ama!

El chaparrón con placidez desciende
sobre la tierra que en su sueño yace,
y el grano esponja de que el germen prende...
¡Es el llanto de todo lo que nace!

Cada botón que á verdear empieza
va dilatando su envoltura blanda,
como el seno ideal de la pureza
que la maternidad hincha y agranda.

La savia joven á nutrir se arroja,
en los ovarios de las yemas muerde,
y rompiendo el peciolo cada hoja
cubre las ramas con su lluvia verde.

Hoy se viste el almendro su blancura
y, cuando á acariciarle el aura llega,
tiembla con la emoción del alma pura
que á la primera comunión se entrega.

Surge la rosa desplegando luego
su espléndida hermosura de matrona,
tras la que oculta el corazón de fuego
que su fragante respirar pregona.

Y viene Mayo que en su beso encierra
la floración suprema é infinita,
y hasta el último germen de la tierra
se abre á una juventud que resucita!

Sólo la vida humana está privada
de ese fecundo florecer eterno!...
¡Ay del hombre! ¡Es un ave condenada
á volar sin descanso hacia el invierno!

ALFONSO PÉREZ NIEVA



LÁPIDA

(PARA LA TUMBA DE MI HIJA MATILDE REGINA)

Eran tus ojos, en que el sol ardía,
dos girones de cielo, y en tu frente,
más blanca que la espuma del torrente,
la estrella matinal resplandecía.

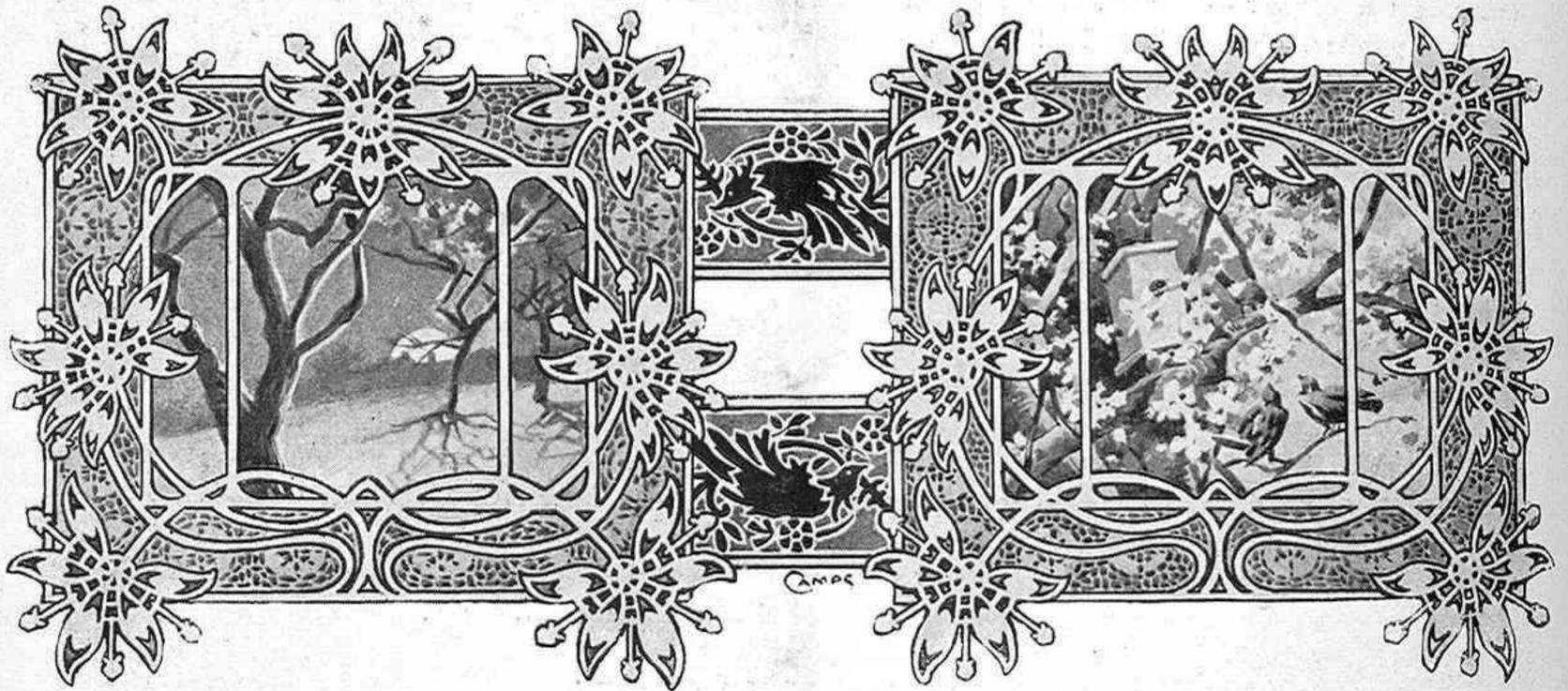
Era tu voz sabrosa melodía,
gota de miel que, en el hogar naciente,
de tu boquita apenas balbuciente
sobre mi enfermo corazón caía.

Pero la Muerte se acercó á tu cuna,
y para siempre te durmió en sus brazos,
dejándome ¡ay! sin esperanza alguna.

¡Cúmplanse, pues, mis íntimos anhelos,
y, al verme libre de terrenos lazos,
abreme tú las puertas de los cielos!

AUGUSTO R. SAMPER

Chapinero (Colombia.)



IMPOTENCIA

(Á UM EMINENTE MAGISTRADO).

Desde que fuerza, impunidad y bríos
les dió el poder, los tuyos nos oprimen
y no hubo infamia, iniquidad ni crimen
de que no fuesen víctimas los míos.

Ni los de mi niñez años sombríos
de tu ralea á la maldad se eximen:
aquí, mis padres perseguidos gimen,
allá, corren sus lágrimas á ríos.

¡Ve, pues, cuán triste no será mi suerte
cuando, debiendo odiarte hasta la muerte,
es obstáculo á mi odio tu hidalguía!

¡Y cuando, en fin, para poder odiarte,
debo yo envilecerme y calumniarte,
lo impide la honradez del alma mía!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS

Buenos Aires.

EL GATO (1)

Bajo la enramada de verde totora
lucen nuestras criollas sus caras tostadas;
cruje la zaraza que la luz colora
que arrojan las velas en troncos pegadas.

Comienza la fiesta: las viejas *matean*,
de un *gato* se sienten vibrantes las notas;
las muchachas ríen cuando *zapatean*,
al oír cómo chillan de un gaucho las botas.

Con voz destemplada canta *relaciones*
una morochita tan linda y bizarra
que, al verla, al más santo le dan tentaciones...

Bebiendo *ginebra* se sigue la farra:
¡como castañetas suenan los talones
al son de la dulce, dolienta guitarra!

JOÉ CIBILS

Rosario de Santa Fé

(1) Baile criollo.

HOMENAJE

HOJA DE ALBUM.

Con majestad de reina que enamora
vas derramando luz de tu semblante,
y tu pupila de onix, fulgurante
fascina, como el tinte de la aurora.

Tu boca breve, donde el beso mora,
es una flor de púrpura joyante,
y en tu busto marmóreo y arrogante
se describe la curva triunfadora.

Y es tal la irradiación de tu hermosura,
que, si te ve el raudal, amor murmura;
que, si á las verdes frondas te aproximas,

besos de aroma brindate el follaje,
y el ruiseñor y el mirlo, en homenaje,
te adulan con la magia de sus rimas.

L. TORRES ABANDERO

Caracas.

JOSÉ CUSACHS



ARTILLERÍA RODADA.

EL GOLFO

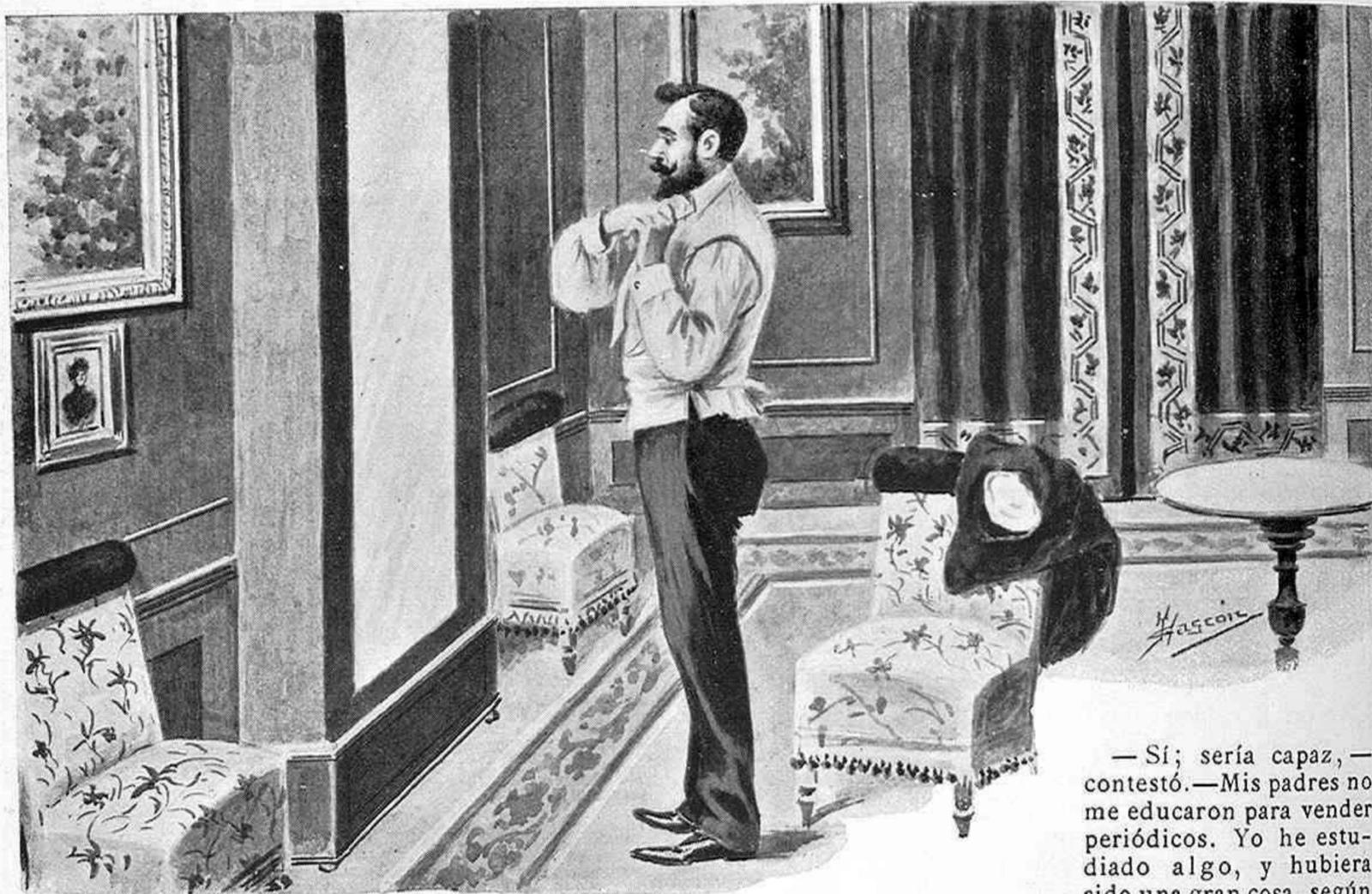
MIENTRAS se vestía para asistir á la reunión de la marquesa, á que había sido invitado por su amigo Julio, Miguel, el antiguo golfo, recordaba uno por uno todos los azares é incidentes surgidos en su vida anterior y producíale aquel cambio tan radical en su modo de ser y de vivir, el efecto de un cuento de hadas. Hubo momentos en que creyó que no era él mismo, el *Mandria*, como le apodaban sus compañeros de *golfería*, el que se hallaba entonces delante de aquel espejo de gran tamaño, acicalándose y poniéndose el frac y la corbata blanca para introducirse en los salones del *gran mundo* como uno de tantos aristócratas, á quienes había considerado siempre como seres privilegiados, diferentes de los demás del género humano.

A su mente acudieron sus amores con la Paca, la cigarrera, sus idilios á la luz de la luna en el quicio de una callejuela cualquiera, mientras esperaba la hora de terminar la última de Apolo, en que se separaba de su chula para ir á la puerta del teatro á vocear *El Heraldo*, *El Correo*, *La Correspondencia*, con su voz aguardentosa y afónica por el incesante trabajo de sus cuerdas vocales y, además, porque la emitía al través de los pliegues de su bufanda de lana, arrollada al cuello.

Y con lo que sacaba de la venta del *papel*, iba para casa de su Paca, la cigarrera, que ya se hallaba arrebujada entre las mantas, raídas por el uso, de la cama. Y seguía el idilio allí, acurrucado el uno contra el otro, completando con el calor de sus cuerpos, llenos de juventud y de vida, el que no les daba las ropas viejas y rotas con que mal encubrían sus ateridos miembros.

Luego recordó el día en que aquel señorito de la Cervecería Inglesa, á quien servía *El Heraldo* todas las noches, le llamó á su mesa y le dijo:

—Miguelillo, tú debes servir para algo más que para eso. ¿Serías capaz de dedicarte á otra cosa mejor?



— Sí; sería capaz, — contestó. — Mis padres no me educaron para vender periódicos. Yo he estudiado algo, y hubiera sido una gran cosa, según decían algunos; pero se

murió mi padre, mi madre marchó de casa con uno... y yo me vi solo en el mundo, sin protección y lleno de vergüenza... y como dicen que bebiendo se ahogan las penas... yo bebí mucho... y me *ajunté* con una pécora que, al poco tiempo, se marchó con otro... y ya ve usted... no tuve más remedio que renegar de todo lo creado... y meterme á esto... á lo que soy... á *golfo*.

Y al contar estas cosas, lloraba el *Mandria* con tales muestras de sinceridad que el señorito no tuvo más remedio que emocionarse y decirle: — Pues ven por mi casa mañana; no te apures; yo te haré hombre.

Y le puso en la mano una tarjeta, en la que se leía:

JULIO ROGER
ESCRITOR

Valverde, 7, pral.

Miguel, al recordar aquella escena de la Cervecería Inglesa, dejó rodar por sus mejillas dos lagrimones que hubieran ido á caer en la reluciente pechera de su camisa, á no haberlos él enjugado á tiempo con su pañuelo

de finísima batista, mientras balbuceaba: — Y me ha hecho hombre; Julio Roger ha cumplido su palabra. Acudieron á su mente las privaciones, los trabajos sufridos en los primeros tiempos de su nueva vida; aquel afán incesante de amontonar cuartillas, de inventar escenas trágicas, espeluznantes, para dar mayor interés á la obra que escribía, porque Julio ya se lo había advertido en un principio:

— Vas á ser escritor, como yo; pero tienes que trabajar mucho y aguzar el ingenio para que resulte interesante tu trabajo.

Y cumplió al pie de la letra lo que le encargara su protector: trabajó, estrujó su cerebro y... triunfó al fin.

Poco después, no escribía ya cuartillas para que las firmara Julio: era él el autor, el novelista deseado y buscado por los editores, porque las primeras obras escritas por él habían obtenido un éxito asombroso.

— Por algo decían que yo hubiera sido una gran cosa, — pensó, mientras se calzaba sus botas flamantes de charol.

En aquel momento se abrió la puerta con estrépito y entró Julio, vestido de frac, en la habitación.

— ¿Todavía así? — preguntó al ver que no estaba más que á medio vestir.

— ¡Que quieres! los recuerdos de mi vida pasada han hecho que me vistiera con más lentitud. Pero no tardo; siéntate... y fuma un cigarro mientras tanto.

Julio se sentó en una butaca y encendió un tabaco habano de una caja colocada sobre el velador.

No tardó, en efecto, Miguel, y ambos ocuparon un coche que esperaba á la puerta y que les condujo al palacio de la marquesa de las Fuentes.

Hacía un rato que Miguel, sentado en un ángulo del salón, medio oculto por una columna que tenía delante, observaba atentamente las escenas que se desarrollaban ante él.

Y en su interior sentía una repugnancia y un asco indecibles hacia todo aquello que era pura farsa, la mentira eterna de la sociedad mundana; el mismo asco y la misma repugnancia que había sentido tantas cuantas veces describiera en sus novelas reuniones parecidas.

Permaneció aún algunos momentos más contemplando el cuadro; pero poco después aquellos sentimientos tomaron cuerpo allá en las profundidades de su espíritu, hasta el punto de apagar en él todas las conveniencias sociales, y haciendo una suspiración honda, porque le parecía que le ahogaba aquella atmósfera insana y caldeada, se levantó con ímpetu y se dirigió á la puerta, bajando con precipitación las escaleras.

Al día siguiente, se hallaba aún en la cama cuando se presentó su amigo Julio, disgustado por el proceder incomprensible de Miguel.

— ¿Cómo hiciste eso? — preguntó malhumorado.

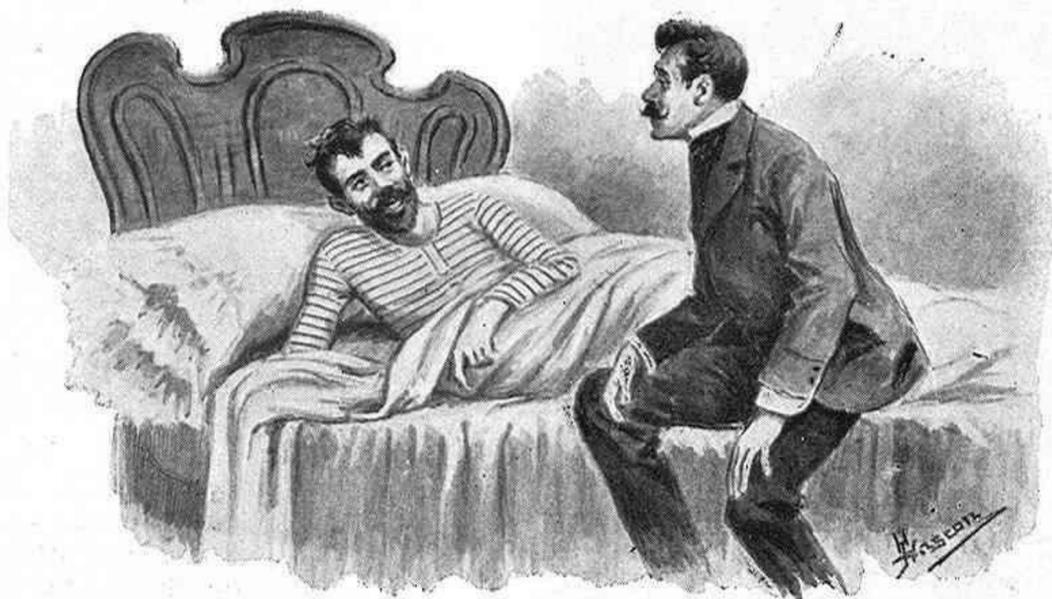
— ¡Que quieres! No entra en mi modo de ser esa vida mundana. Me acordé de Paca, la cigarrera, y... me sentí *golfo* de nuevo. — Y después de una pausa, continuó: — No creas; también hay clases entre nosotros: antes era el *golfo* desarrapado; hoy soy el *golfo* de levita. ¡Y pata!

Le convenció á Julio la lógica de su amigo y exclamó:

— Tienes razón, Miguelillo: chócala.



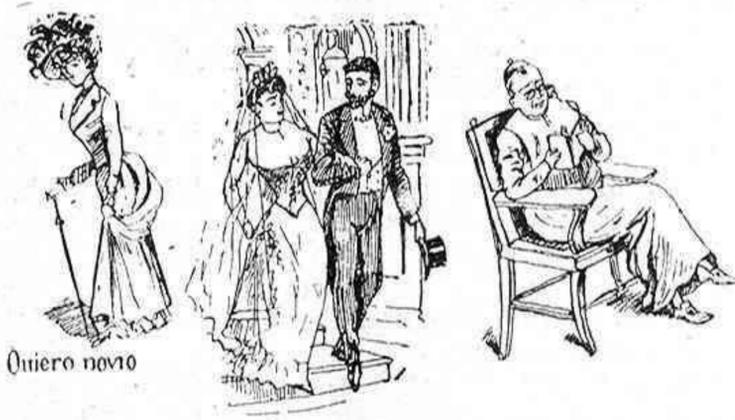
CARLOS RIA-BAJA



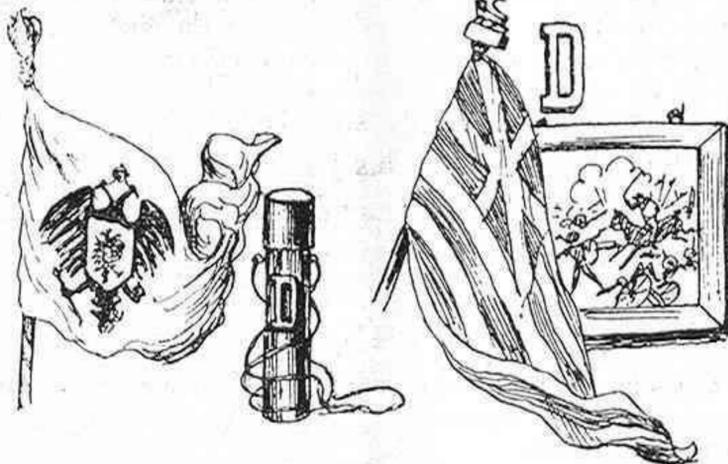
Ilustraciones de T. GASCÓN.

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO; por Víctor.



Quiero novio



Que nadie lo sepa...

NOTA. — Las tres primeras figuras representan el título del jeroglífico.

SOLUCIONES A LOS DEL NÚMERO 31:

Rombo.—

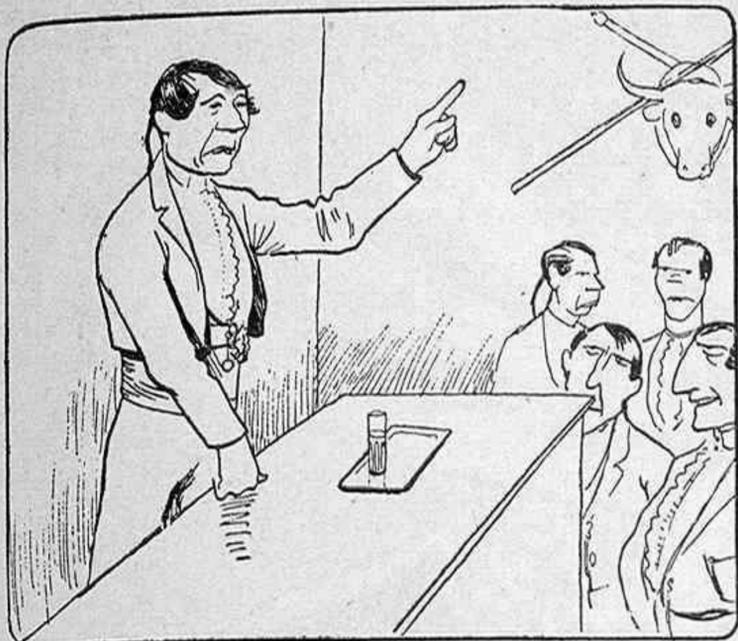
	n			
c	a	n		
n	a	t	a	l
n	a	o		
	l			

Jeroglífico.—

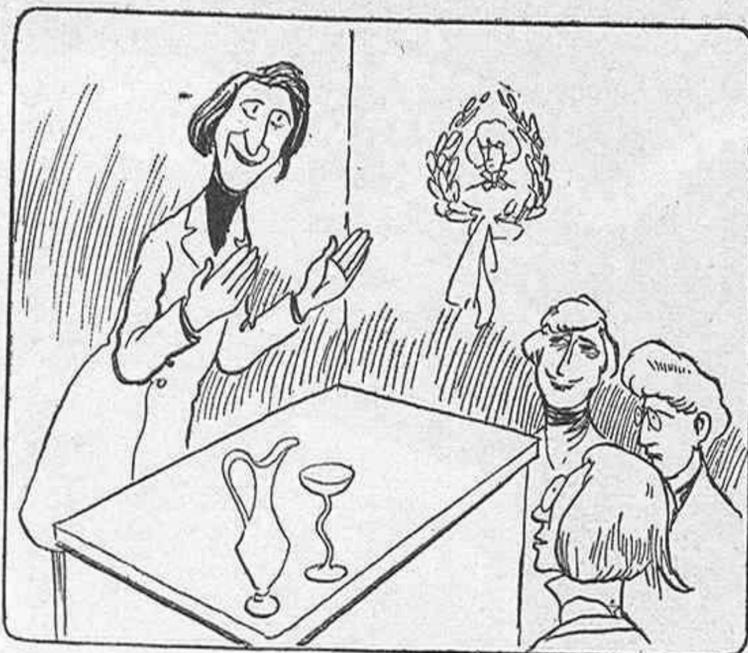
Dos letras contiene un sí,
dos letras contiene un no;
las dos primeras ¡qué dulces!
¡qué amargas las otras dos!

Jeroglífico comprimido.—Entregaremos.

Charada.—Camisa.



—Ademaꝯ, los maestroꝯ firmarán la ciguiente bace que pongo en conocimiento de uztés:
«Los picaores necesitan un metro maꝯ de pica y medio metro menoꝯ de cuerna.» —Y ci no ce aprueba ¡que pique er Tato!



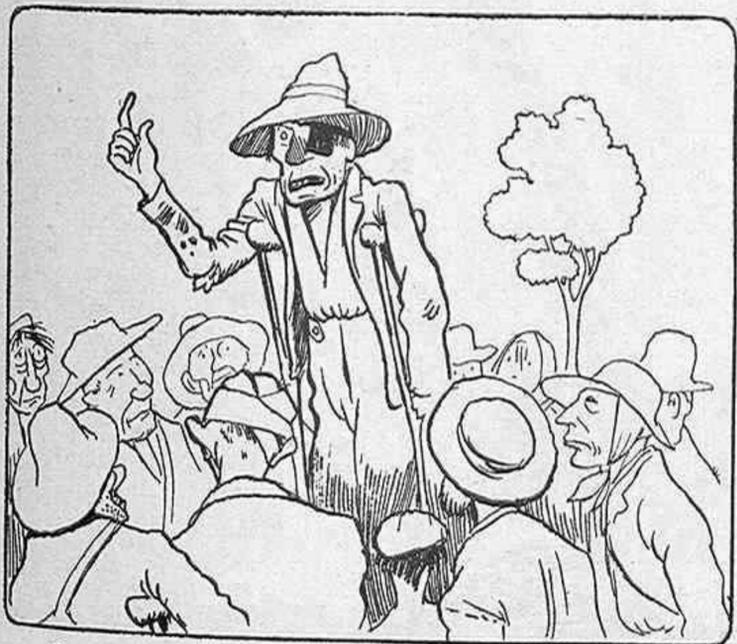
—... porque declarándonos en huelga, nosotros los poetas, obligamos á los editores á aceptar el ripio. ¡Viva el ripio libre!



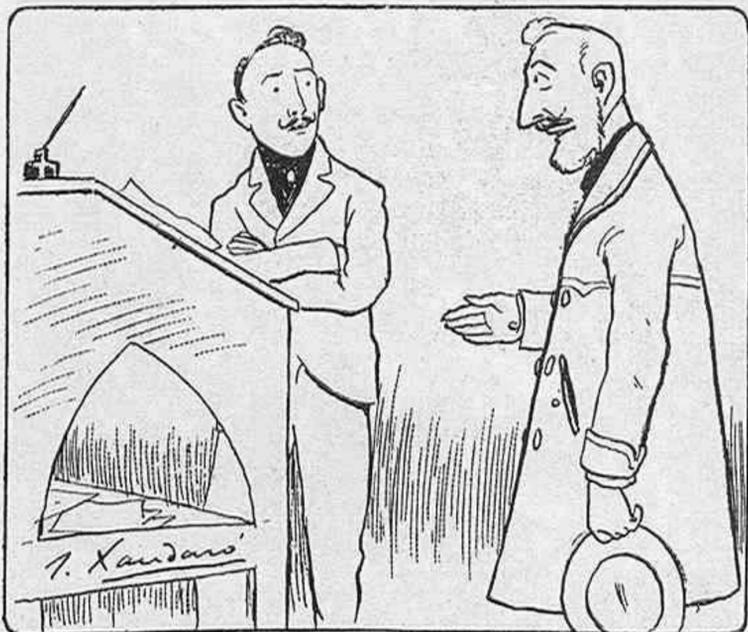
—Y si no se concede el atropello libre, creo debemos declararnos en huelga, pese á quien pese. ¿He dicho argo?



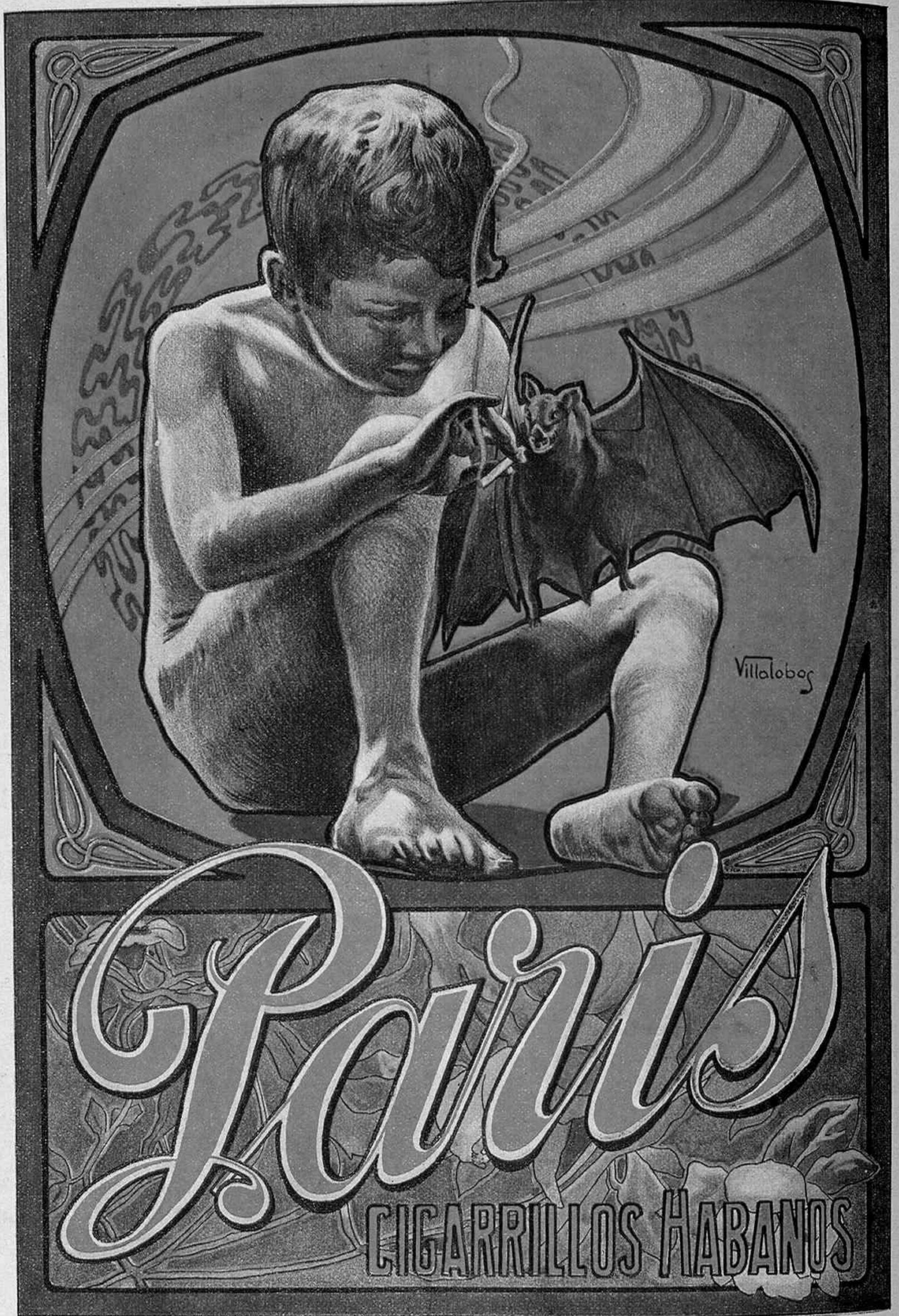
—La junta de la «Ganzúa precoz» ha declarado la huelga de esta respetabilísima sociedad, en vista del abuso de los relojes de ñiquel y otras porquerías.



—Debemos pedir al gobernador la supresión de asilos, que creemos, los de la junta directiva, denigrantes para la honradísima clase de méndigos trahumantes. ¡He dicho!



—Vengo á buscar, mi querido Xaudaró, los monos que me tiene prometidos para hoy.
—¡Los monos! ¡Se me han declarado en huelga! ¡¡Piden la supresión de incorrecciones!!



PRIMER PREMIO

SERIE I.^a

Núm. 33

del concurso para un cartel de los cigarrillos *Paris*, celebrado en Noviembre de 1900, en el cual se destinaron 6.000 duros para premiar 19 carteles de los 188 presentados.

(Buenos Aires).